

# I d i l i o

## I

En la región arcana donde la pena mora,  
cuando el silencio finge lapidar la canción,  
rompiendo el grave ritmo de la avanzada hora,  
de un pliegue de la sombra, surgió la aparición.

Llegó a mi estancia quieta, rodeada de su corte  
de incógnitas risueñas. Un raro misticismo  
sombreaba sus ojeras. Realeza había en su porte  
y en sus ojos, magnéticas atracciones de abismo.

Sus pajes —los misterios— le plegaron la veste  
de sombras inquietantes, como de penas hecha  
—sedante terciopelo celeste—.  
Me habló y había en su verbo los tonos de la endecha  
y se pobló el ambiente con melodías de orquesta  
cantando el himeneo de la alborada, cuando  
el orto se prodiga en luminica fiesta  
y se hablan de sus sueños los pájaros, cantando.

Me dio próxima cita.  
Yo la escuché sereno.  
Le hablé de las frialdades por que mi amor tiritó,  
y me ofreció su seno,  
y me estrechó en sus brazos como una Sulamita.

Después, partió la bella madona voluptuosa  
a la mansión de sombra que el infinito puebla,  
mas yo guardo en mis labios el beso de la diosa;  
por eso estoy cavando mi tálamo: la fosa,  
y ¡poseeré a la Muerte, deidad de la tiniebla!



## II

De nuevo he meditado. Las luces del ocaso  
se fugaron del cielo  
cayendo sobre el rostro de mi esperanza inerte,  
luego el celeste raso  
fue negro terciopelo  
y la luz moribunda me recordó a la muerte.  
¡Día y hora de la cita!  
De su blancura de hostia me habló la margarita  
y, en guiños agoreros,  
de sus divinos ojos me hablaron los luceros.  
Envidiaron sus labios las rosas purpurinas  
y de la transparencia de su eternal esencia,  
me hablaron las fontanas de linfas cristalinas.

La tierra, buena madre, me ofreció las blanduras  
de su seno fecundo, para tálamo suave;  
para la blanca novia me ofreció vestiduras  
la luna, los panales, de su miel, las dulzuras  
y musicar mis versos, la garganta del ave.

¡Habrá de ser! —agradecido correspondí a las cosas—  
vuestra oferta es fraterna, tiene las misteriosas  
comprensiones que engendra la conciencia inmanente  
del que tuvo existencias en que fue entraña viva,  
del que es hoy rosa breve, clara luz pensativa  
de lucero y fue otrora la ilusión de una mente.

## III

Monólogo del Cosmos. Discurre el Universo.  
Yo aporto mis instintos de renuncia completa  
y a la virgen discreta  
que apacienta mis ansias, le ha contado mi verso  
mi locura secreta:  
mi pasión por la muerte, mi pasión por lo eterno.  
Y la que fue mi amada de los sueños de rosa,  
me ha mirado con ira,  
me ha mirado medrosa,



con la bella mirada de la amante celosa  
que ha prendido en sus ojos inquisitorial pira.

Después... ha sonreído  
como el niño que teme por un bello pecado  
y su amor, exaltado,  
matar quiere mi sueño con sus filtros de olvido.

¡¡Todo engaño!  
La yerma  
comprensión de los sabios, los aplasta y abisma,  
la dialéctica es sólo vulgar droga que enferma  
al cerebro impotente que no rompe el sofisma.

La conciencia es un crimen de la fuerza creadora  
que dio destino a todo  
e hizo del hombre un drama, porque es luz brilladora  
su cerebro que alumbra la inmundicia del lodo.

Es mejor la inconsciencia, la que sólo se goza  
siendo instrumento dócil de la naturaleza:  
ser modelable barro, ser linfa misteriosa,  
ser viento —ya suspiro de amor o de tristeza—.

Mas estas formas —pienso— solo se obtienen donde  
la muerte vuelve eterno todo lo transitorio,  
todo lo que al esfuerzo de los hombres se esconde,  
cuando se hace irrisorio  
del mundo en el proscenio,  
el sacerdote grave, con su místico genio  
y el ampuloso sabio, con su laboratorio.

#### IV

La Humanidad me ha oído.  
Lenta, muy lentamente  
su protesta serena se ha trocado en ciclón  
en mi oído  
y —guijarro— me ha tocado en la frente.

Hasta la impúber gema,  
del odio en la intención,

se alzó contra mi espíritu, porque forjó el poema  
de la renunciación

y me dijo: en el nombre de la vida, ¡anatema!

Oye, bien, es tu espíritu muy pequeño y cobarde,  
porque, siendo alborada, das tu verso a la tarde,  
te hace falta el chispazo varonil de lo fuerte,  
porque siendo la vida, te enamora la muerte.

¡Para qué llevas alas, si deseas la caída?

Tu verso es la medrosa cantinela suicida  
que en lugar de lo vivo diviniza la inerte.

En mi mente que tiene resonancias de abismo,  
los airados acentos se repiten huraños,  
siento sismos extraños,

de rugidos un coro, cual si airados rebaños  
de leones poblarán el vacío de mí mismo.

—Es mentira —respondo— que yo tema a la vida  
—pobres cambios de formas— mas la muerte convida  
con banquetes eternos. Es fecunda la muerte,  
tanto lo es y en tal suerte,

que ante ella sólo puede conocerse al que es fuerte,  
es auténtico bravo quien no teme a la muerte  
y por eso es egregia la virtud del suicida.

Es cobarde

quien canta lo gentil del alarde  
existencial, incendio que es de lumbre un derroche,  
y es entonces, si acaso, que protestas levanta  
para callar medroso cuando llega la noche.

## V

Y mi amada, la muerte  
cuya sombra me ampara,  
la que no se separa  
de mi mente y conmigo siempre va a dondequiera,  
al mirar que destella  
mi palabra sonora que en defensa la nombra,  
me ha hecho un guiño amoroso con la luz de una estrella  
y ha mostrado a mis ansias su regazo de sombra.

Nombre de archivo: ARTICULO PENDIENTE  
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos  
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot  
Título:  
Asunto:  
Autor: El Retiro  
Palabras clave:  
Comentarios:  
Fecha de creación: 28/04/2011 13:57:00  
Cambio número: 187  
Guardado el: 10/05/2011 9:54:00  
Guardado por: El Retiro  
Tiempo de edición: 3,213 minutos  
Impreso el: 10/05/2011 9:55:00  
Última impresión completa  
Número de páginas: 4  
Número de palabras: 0 (aprox.)  
Número de caracteres: 4 (aprox.)